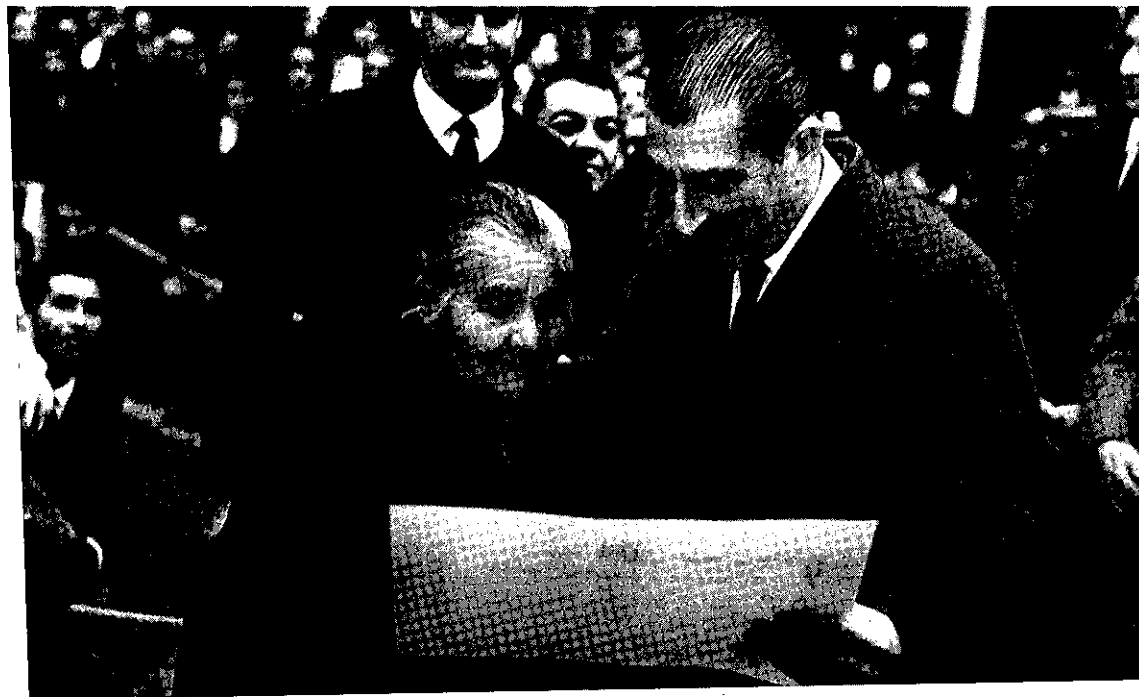




Eduardo Frei Montalva: un gobierno reformista

A 50 años de la “Revolución en Libertad”

CARLOS HUNEEUS, JAVIER COUSO
(Editores)



EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE EDUARDO FREI MONTALVA: ENSAYO DE UNA SÍNTESIS

JAVIER COUSO

Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.

Papa León XII

(Citado por E. Frei M. en *La política y el espíritu*).

Por eso siempre pensaré que es preferible pertenecer a un partido chico con ideas grandes, que a partidos grandes con ideas que se van quedando chicas.

Eduardo Frei M.

(Discurso pronunciado en 1956).

I. Introducción

Eduardo Frei Montalva fue el Presidente de la República más intelectual que el país ha tenido en su historia republicana. De ahí que dar cuenta de todos los matices y cambios experimentados por su pensamiento político sea una tarea extremadamente compleja. Además, si bien este tiene un hilo conductor más o menos identificable en los casi cincuenta años en que se desarrolló su producción intelectual y acción política, sufrió cambios significativos por la capacidad que Frei tuvo para dejarse interpelar tanto por las diferentes fases históricas que le correspondió vivir, como por los distintos roles que jugó en su vida pública (como el ser periodista, líder de un partido político, ministro de Estado, senador y, finalmente, Presidente de la República).

Los factores mencionados, que lo expusieron a realidades y perspectivas diferentes y cambiantes, lo llevaron a adecuar sus convicciones, siempre dentro de una matriz demócrata y de inspiración cristiana. En otras palabras, se puede plantear que en el caso de Frei Montalva la praxis tuvo una importante influencia en su pensamiento teórico acerca de la política, la economía y la sociedad. Adicionalmente, en este ensayo se argumentará que de sus escritos se desprende una clara distinción entre el pensamiento político del joven Frei y el de Frei maduro.

II. Los orígenes cotidianos de su adhesión a la práctica democrática

Como se sabe, el pensamiento de individuos y de grupos es, en buena medida, tributario de la era en que se gesta. Todos somos, por así decirlo, hijos de nuestra época. Así, y a pesar de que Frei Montalva nos dejó hace solo tres décadas y fracción, el contexto en que se fraguó y desarrolló su pensamiento fue una era que parece infinitamente distante de la actual. De hecho, cabe anotar que su obra de juventud más importante, *La política y el espíritu*, que Óscar Pinochet de la Barra caracterizó como "el alfa y el omega de su pensamiento" y que Frei publicó cuando contaba con solo 29 años (en 1940), fue escrita en los albores de la Segunda Guerra Mundial, es decir, todavía en ese periodo dramático en que muchos pensaban seriamente que la democracia representativa vivía una fase terminal y en que, por tanto, se ensayaba todo tipo de alternativas.

Por otra parte, cabe subrayar que Frei se hizo un hombre adulto en el contexto de una dictadura (la de Carlos Ibáñez del Campo, que sometió al país entre 1927 y 1931), hecho que marcará de por vida su pensamiento político, llevándolo siempre a desconfiar de proyectos sociopolíticos basados en la postergación u obliteración de la democracia, más allá de su controvertida justificación al golpe de Estado de 1973 (cuestión que se revisa más adelante).

En efecto, la experiencia de comenzar su vida adulta en medio de una dictadura será políticamente significativa a lo largo de su vida, y se expresará, por ejemplo, en su rechazo a la persecución del Partido Comunista, en lo que Carlos Huneeus ha denominado la *Guerra Fría chilena*, una postura excepcionalmente democrática en el contexto de una época en que una coalición anticomunista que reunió desde liberales a socialistas (pasando por los radicales) declaró ilegal al pc (en 1948).

III. El pensamiento sociopolítico del joven Frei

Cuando Eduardo Frei publicó *La política y el espíritu*, Gabriela Mistral (que prologó el libro) lo caracterizó como "una de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur". El escrito es, en efecto, notable para un abogado de tan solo 29 años, que recién comenzaba su carrera como político e intelectual.

Puesto en breve, el libro de Frei constituía un esfuerzo de propuesta de superación del liberalismo económico que por entonces prevalecía en Chile, representando una suerte de *alternativa a las alternativas* que por esos años se ofrecían al liberalismo capitalista —como el comunismo, el fascismo y el nazis-

mo—, ideologías que aparecían como plausibles en esos años, en que aún no se conocían los crímenes del estalinismo ni se desplegaban las facetas genocidas del nazismo y las totalitarias del fascismo.

Enfrentado a este escenario política y teóricamente caótico, el joven Frei intentó pergeñar una propuesta que, sin abandonar los aspectos centrales de la democracia liberal y del Estado de derecho (como la separación de poderes y la protección de los derechos individuales), buscaba introducir una forma de organización de la sociedad y de la economía más humana, focalizada especialmente en devolver la dignidad al trabajo, dado que Frei consideraba que en el liberalismo económico el trabajador era separado de su obra por el capital, algo que lo alienaba profundamente. Esta concepción *comunitarista* buscaba revincular al trabajador con su obra, en un nuevo sistema económico que —Frei esperaba— llevaría no solo a una mejor distribución del ingreso y la riqueza, sino que a devolver el sentido al trabajo asalariado, que adquiría ya en Chile las mismas connotaciones alienantes del taylorismo y la burocratización de la fábrica moderna.

Aunque no aparece citado en *La política y el espíritu*, revisando los pasajes tan elocuentes de dicha obra en que el joven Frei contrapone la realización humana del trabajo de artesanos y campesinos de la era medieval al embrutecimiento del trabajo asalariado propio de las fábricas modernas del capitalismo burocrático, no es posible dejar de pensar que Frei debió estar familiarizado con la manera como Max Weber se refirió a la alienación generada por las modernas formas de producción capitalista, esto es, "la jaula de hierro de la modernidad".

Más allá del aire de familia que *La política y el espíritu* tiene con la obra de Weber, la lista de autores que influyeron en el pensamiento del joven Frei es bastante más variada de lo que normalmente se piensa. En efecto, más allá de los autores asociados a la entonces emergente doctrina social de la iglesia (como los pensadores socialcristianos y socialdemócratas belgas y franceses que Frei cita, como Maritain y de Man), es notable la familiaridad que exhibe con la obra de socialistas tempranos (como Owen), y la detenida lectura que hizo de la obra de Hegel, Marx y Lenin, así como de pensadores conservadores e izquierdistas críticos del individualismo liberal de su época.

Dado que, en los tiempos que corren, es poco lo que se sabe respecto de la radicalidad de la crítica que la Iglesia Católica levantaba por entonces contra el liberalismo capitalista, puede ser ilustrativo transcribir la cita que el propio Frei escoge del ataque dirigido por el papa Pío XI contra el capitalismo de su época:

Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que solo dejó supervivientes a los más poderosos, que

es a menudo lo mismo que decir *los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia* (...). Las últimas consecuencias del espíritu individualista en el campo económico las estamos viendo y deplorando: la libre concurrencia se ha destrozado a sí misma; la prepotencia económica se ha suplantado al mercado libre; *al deseo de lucro ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable.*

Como se advierte de esta cita, el joven Frei compartía la indignación moral que, desde el papa León XIII, la Iglesia Católica venía evidenciando respecto de una organización económica que, a juicio de esta última, derechamente esclavizaba a los trabajadores. Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos *han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos*, planteó sin eufemismos el autor de *Rerum Novarum*.

Más allá de su denuncia sobre los nefastos efectos humanos de la economía capitalista, es notable que (en esta obra temprana, cuando aún no contaba con la vastísima experiencia legislativa y ejecutiva que adquiriría más adelante) Frei advirtiera con tanta claridad el daño al sistema democrático que generaba la concentración del capital propia del liberalismo económico, producto del efecto distorsionador del dinero en el financiamiento de la política. En sus palabras:

La banca, las grandes compañías, pesan más que las decisiones de muchas asambleas y tienen mil medios sutiles y una extrema facilidad de adaptación para introducirse en todos los regímenes. Esta colusión de fuerzas es aún más irresistible en países pequeños, como el nuestro, donde esta gran finanza que actúa desde los principales centros internacionales puede regular el crédito externo y tiene la fría imperturbabilidad de quienes envían sus aportes y tratan a sus dominados con el desprecio lejano de un conquistador.

En efecto, impresiona cómo, hace casi 80 años, el joven Frei tenía la convicción de que lo que hoy llamamos *lobby* o tráfico de influencias representaba una grave patología de la democracia, inducida por un capitalismo cruel y desenfrenado.

IV. Crítico del liberalismo económico, pero no del liberalismo político

Quizá por la experiencia de vivir bajo una dictadura temprano en su juventud, la urgencia de instaurar un modelo de sociedad alejado del individualismo capita-

lista que animaba a Frei y sus camaradas estuvo desde un comienzo acompañada por una irrestricta adhesión a la democracia política y a lo que en esa época se conocía como *libertades públicas* (lo que hoy se denominaría *derechos humanos*).

Su clara adhesión a la democracia y al Estado de derecho se evidenció en episodios importantes de su vida política, como su renuncia (en 1946) al cargo de ministro de Obras Públicas y Vías de Comunicación debido a la denominada masacre de la Plaza Bulnes perpetrada por agentes del gobierno, y la clara oposición (en 1948) a la llamada Ley de Defensa Permanente de la Democracia (conocida por sus detractores como la *ley maldita*) que fue aprobada gracias al apoyo de radicales, liberales, e incluso algunos militantes del Partido Socialista, y que declaró ilegal al Partido Comunista, sancionando además retroactivamente a quienes militaban en dicha colectividad (lo que redundó en la cárcel, relegación y expulsión de sus trabajos en el sector público de miles de personas).

La negativa de Frei y sus camaradas a apoyar una ley tan represiva y antidemocrática respecto de un partido al cual se habían opuesto desde sus inicios revela una adhesión de principios a la democracia y a las libertades públicas que debe subrayarse, puesto que refleja que el liberalismo político y la adhesión al Estado constitucional de derecho era más fuerte en la emergente Democracia Cristiana que en el resto del espectro político chileno de la época. Asimismo, refleja la autonomía de la Democracia Cristiana respecto de las presiones de Estados Unidos, toda vez que esta legislación anticomunista fue producto de la presión de dicho país, en el marco de la Guerra Fría.

V. El pensamiento político del Frei maduro

En las secciones anteriores se ha analizado lo que he llamado el pensamiento político del joven Frei. En lo que sigue se examina el pensamiento del Frei maduro, que escribió y actuó en un mundo muy diferente: el periodo de la posguerra y la reconstrucción europea y el de la consolidación de la Democracia Cristiana en diversos países.

Una idea de cómo el contexto mundial contribuyó a moldear el pensamiento político de posguerra de Eduardo Frei queda en evidencia en el discurso que pronunció a propósito de su candidatura a senador por Santiago (en 1957), donde, luego de explicitar "su identidad" con los procesos democratacristianos europeos del momento, plantea:

Pertenezco a la misma tendencia y a las mismas ideas de los hombres que, no hace once años, recogieron una Europa destruida, con sus pueblos disgregados, su moral disuelta, sus juventudes enseñadas a matar y a robar en

la lucha abierta o clandestina; una Europa con sus industrias pulverizadas y sus ciudades reducidas a escombros. Esos hombres fueron designados para dirigir los pueblos del Occidente libre, y ellos supieron mantener ante todo, la plenitud de las libertades. *¡Qué misterioso es el hecho de que estos países, donde había poderosos partidos comunistas y existían tremendas fuerzas de disociación, los gobiernos inspirados en las mismas ideas que yo profeso, no coartaron ni una sola libertad política ni una sola libertad sindical!* Nadie les puede reprochar siquiera la sombra de una tentativa de reducir la libertad religiosa. Protestantes, ateos, escépticos y racionalistas han vivido la era de mayor libertad que ha conocido Europa, en el momento de su mayor destrucción, para alcanzar la máxima eficacia en la reconstrucción y recuperación de sus pueblos.

Este fragmento de su discurso de mediados de la década de los cincuenta es notable por su identificación con un movimiento democratacristiano mundial que, por estar ya en el poder en varios países, debía enfrentarse a los desafíos concretos de gobernar, lo que se tradujo en un ideario mucho menos ambicioso —y utópico— que el que exhibía el pensamiento del joven Frei en los años treinta y cuarenta.

En este contexto, no debe sorprender que el pensamiento de Frei Montalva adquiriera en el periodo de posguerra un cariz cercano al desarrollismo (como el defendido en esa época por los ideólogos de la CEPAL) que, en su caso, se manifestó en cierta impaciencia con el hecho de que Chile no fuera capaz de lograr un desarrollo económico más eficiente, que ahora le parece un requisito *sine qua non* para obtener una mayor justicia social.

Así, aunque el Frei maduro mantiene su pasión por la justicia social, exhibe ahora un pensamiento menos teórico, más orientado a la acción y más consciente de la relación entre el desarrollo económico y la justicia social. Esto se advierte con nitidez en este pasaje del discurso que se comenta:

No es posible que este país, con siete millones de habitantes y una inmensa superficie, como señalaba Radomiro Tomic, no sea capaz de alimentar a su pueblo. *No es posible que países que caben dos veces en la provincia de Santiago o que naciones que tienen cincuenta millones de hombres sobre la mitad de nuestra superficie, puedan darle a su pueblo mantequilla, leche y pan y que nosotros tengamos que salir a gastar miles de millones de pesos, enriqueciendo a trabajadores de otras tierras, a agricultores de otros pueblos, para comprar el pan que nuestra tierra, hasta ahora, ha sido incapaz de proporcionarnos.* Una política agraria se impone, pues, como la primera necesidad. Sería difícil para mí entrar esta mañana en detalles técnicos; solo diría, substancialmente, que en nuestra tierra hay algo muy inmediato que hacer: al agricultor que produzca, que

abone su tierra y mejore a su gente, que sea capaz de sacar de la tierra el alimento que ella puede dar, ¡todo el estímulo de los precios y las ventajas tributarias! Y el que deje sus tierras muertas, cubiertas de maleza, sin trabajarlas, aprovechando la plusvalía, desprestigiando incluso el derecho de propiedad, ¡que caiga bajo el peso de la ley! Este país necesita, junto con una vigorosa agricultura, un desarrollo industrial que aproveche sus energías y sus recursos, que acoja los brazos sobrantes a medida que se perfeccionan las técnicas agrícolas y que, a través del desarrollo económico, dé ocupación estable.

Nótese el tono mucho más concreto y práctico que ha adquirido su discurso hacia mediados de los años cincuenta. En lugar de llamados a construir *un mundo nuevo* que, inspirado en una visión algo idealizada del mundo premoderno, proponía abandonar el liberalismo individualista, su discurso se focaliza ahora en los desafíos prácticos del desarrollo que Chile tenía por delante. Así, el pensamiento del Frei maduro parece claramente inspirado por la experiencia del llamado milagro alemán de posguerra (que su amigo Konrad Adenauer se encontraba desarrollando con rotundo éxito desde 1949).

En consonancia con la praxis democratacristiana alemana, el pensamiento de Frei es consciente de que la economía necesita el apoyo del Estado. Por ello, no teme a la política industrial ni a la planificación nacional. Con países como Alemania Federal en la mira, sostiene:

Se requiere (...) que el Estado asuma su papel de planificador, de orientador, de director, su papel de ejecutor de las grandes obras básicas. Porque mientras no tengamos caminos no habrá producción agraria, no habrá niños que puedan ir a las escuelas ni cultura en los campos; mientras no tengamos grandes embalses no se podrán recuperar grandes extensiones de tierra cultivable, mientras no se construyan ferrocarriles y puertos modernos y eficientes y no tengamos energía eléctrica abundante, no podremos producir en condiciones razonables. *El Estado tendrá que construir las grandes obras públicas, básicas, sin las cuales no podría expandirse la iniciativa privada ni la empresa privada, ni habrá desarrollo económico.* Esas condiciones de desarrollo se pueden crear sin necesidad de plantear cuestiones teóricas. En nuestro país hay una inmensa tarea por realizar, en la que todos tienen su oportunidad. *Así como el Estado tiene su campo propio, la empresa privada también lo tiene, y dentro de él, los hombres de iniciativa, capaces de explotar los recursos del país, de abrir nuevos cauces de producción y de crear miles de ocupaciones. Si ellos cumplen deben tener la protección y el estímulo de un Estado que sepa dirigir.*

Se advierte aquí un cambio significativo en el énfasis de las ideas del joven Frei. Si bien se mantiene una matriz cristiana, crítica de las *hondas injusticias sociales* que siguen marcando al país, el Frei maduro, en sintonía con la experiencia europea de reconstrucción socioeconómica y moral después de la Segunda Guerra Mundial, está mucho más consciente de la cara práctica del desafío que plantea el materializar una sociedad más inclusiva.

En lo que, insistimos, recuerda a un “desarrollismo” de cuño “cepalino” (que hoy se podría calificar como “tecnocrático” si no fuera porque se encontraba enmarcado dentro de un profundo humanismo democrático y libertario), el Frei maduro del periodo posterior a 1950 es uno que buscaba desarrollar económicamente al país mientras devolvía dignidad a campesinos y obreros.

VI. La difícil década final y su legado

La década final de vida de Eduardo Frei es probablemente la menos estudiada y –por esto– la más controversial. Elegido nuevamente como senador por Santiago ya en pleno desarrollo de la fuerte crisis política generada a partir del acceso al poder de la Unidad Popular, Frei no tuvo durante el gobierno de Allende el protagonismo que, dado su natural liderazgo en la Democracia Cristiana, era esperable. En efecto, es como si, ya desde la derrota de su partido en las elecciones de 1970, Frei se hubiera replegado a una posición de segunda línea, dejando a personeros como Narciso Irureta, Renán Fuentealba y Patricio Aylwin, que fueron presidentes del PDC después que Allende llegara a La Moneda, lidiar con los difíciles años del periodo 1970-1973.

El hecho de que rompiera su silencio relativo para justificar mediante una larga carta el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 ante el presidente Mundial de la Democracia Cristiana, Mariano Rumor, y presidente del Consejo de Ministros de Italia, seguramente no contribuyó a volverlo a situar como el líder indiscutido de la Democracia Cristiana chilena. De hecho, debe haber sido extremadamente difícil que compañeros de ruta de Frei de medio siglo (como Leighton y Reyes) hayan firmado una condena tan frontal al golpe de Estado al tiempo que Frei lo justificaba.

Dicho esto, al poco tiempo Frei se enlistó con convicción en las filas de la oposición, apoyando enérgicamente a la disidencia contra la brutal dictadura militar que se desplegó en Chile a partir de 1973. De hecho, no es improbable que –de no haber sido su vida interrumpida por la mano criminal de la dictadura– el ahora viejo Frei Montalva habría podido erigirse en el gran líder de la oposición a Pinochet. Esto no fue posible, y el viejo Frei murió en un régimen aún más repudiable que aquel que sufrió en su juventud (la dictadura de Ibá-

ñez), quizá angustiado por tener que presenciar tanta represión dirigida a sus compatriotas después de una vida luchando por la justicia y la libertad.

Para concluir este breve ensayo acerca del pensamiento político de Eduardo Frei Montalva, me parece claro su legado de búsqueda de la justicia en libertad y su acción política basada en ideas transformadoras. Así como el impresionante récord que una mirada objetiva de su gobierno evidencia, especialmente en materia de dignificación de la vida de los campesinos, obreros y pobladores chilenos, me parece que no pueden ser opacadas por su justificación inicial del golpe de Estado en medio de una crisis tan profunda como la generada por algunos sectores de la Unidad Popular y de la derecha autoritaria.

Como lo puso tan brillantemente Nicanor Parra a días de ocurrida su muerte, y sin saber el antipoeta lo premonitorias que serían sus palabras:

*“Un error cometió pero no dos
y lo purgó con creces según todos sabemos
aún a riesgo de su propia vida.
Baja a la tumba con la frente en alto (...).”*